



Un Momento con Álvaro

Dentro de unas semanas, cuando las fuertes lluvias de la estación vuelvan a la Península de Osa, algunos amigos y familiares de Álvaro se reunirán cerca del Río Piro al pie de un robusto árbol Ajo (*Caryocar costaricense*). Los Ajos son árboles excepcionalmente enormes y de madera densa. Las gruesas y sinuosas aletas al pie del árbol de Ajo le dan el aspecto de alguna creación artística fantástica. Otras especies cercanamente emparentadas al Ajo, llegan a edades que suman más de mil años. La dominancia de los inmensos Ajos en esos bosques maduros de Osa hablan de su pasado profundamente prístino. En la base de un Ajo particularmente grande está una modesta placa que honra las contribuciones de Álvaro para la conservación de los bosques de Osa que él amó. Ahí, tal como él lo deseó, sus cenizas serán esparcidas. No puede haber un mejor monumento para este hombre tan querido por tantos y en muchas partes.

Cuando caigan las primeras lluvias, las cenizas y sales de Álvaro se disolverán y filtrarán por entre la hojarasca. Casi de inmediato, los delicados y blancos filamentos de los hongos del suelo los absorberán. Esos nutrientes serán incorporados dentro del árbol de Ajo cuando las raíces de éste hagan el intercambio de azúcares por minerales con su entrelazado socio fúngal. Pronto, los iones de Álvaro serán transportados en un fluido de savia subiendo en dirección celestial hacia la frondosa copa de uno de los árboles más impresionantes que hay en nuestro planeta.

Cuando despierte la masiva floración del árbol de Ajo, abriendo sus dorados botones que casi huelen como ajos salteados, Álvaro estará ahí en su néctar. Nubes de murciélagos beberán de ese néctar llevando esos elementos de Álvaro, lejos y por todos lados. Por noches enteras, los murciélagos llevarán esas esencias que quedarán en las orquídeas, bromelias, helechos, lianas y en las algas que verdean el pelaje de los durmientes perezosos. A su vez, las plantas reabsorberán esos nutrientes. Una y otra vez, Álvaro se adentrará más profundamente en ese bosque que él atesoró.

El día en el que el árbol de Ajo fue dedicado a Álvaro por Conservación Osa, él quiso tener algunos invitados para la ceremonia. Él no escogió a ninguno de los dignatarios, los presidentes y ministros que él conocía. Él invitó a los guarda parques locales. Él se vistió con su viejo uniforme de guarda parque. Él caminó de la mano con esos malpagados y poco apreciados colegas, quienes están en la línea frontal de defensa de esos bosques. Fue un momento de gran emoción para él, y mientras la placa fue develada, él se encontró a sí mismo riendo y llorando simultáneamente. Ese momento mantuvo esa esencia contagiosa de Álvaro, el amable padre de Corcovado, el alma inspiradora de la conservación en Costa Rica, ese niño vulnerable, como un hombre venerable.

Cuando llegó el momento de decir unas palabras, él luchó por mantener la compostura, exclamando, “no puedo parar de llorar. Soy tan gay.” Esa fue una de esas bromas autocríticas y conmovedoras que están basadas en la verdad. Álvaro fue abiertamente gay. Eso es algo que aun hoy es difícil de ser en la mayor parte de Latinoamérica y en el mundo. Pero Álvaro nunca ocultaría quien era o que pensaba. Él diría las mismas palabras, y también lloraría en la compañía de presidentes o en la presencia de indigentes. Era esa honestidad emocional y valiente vulnerabilidad que atrajo a miles a su entorno. Álvaro es llorado por tantos no solo por sus grandes logros en la conservación, sino tanto porque abrió su corazón a todas las gentes.

A través de las décadas, Álvaro perdió el cabello, y engordó, pareciéndose a algo así como un buda. Él era reflexivo. Él estaba enfermo. Él pensó mucho sobre el final y el significado de su vida. Pero él enfáticamente no era como un buda, retrayéndose y aceptando su destino. Él estaba activo en este bello mundo en problemas, peleando activamente por él. En el último día de su vida, él estaba en una campaña, arengando al gobierno de Costa Rica para que tome más acciones para sacar a los mineros ilegales dentro del Parque Nacional Corcovado, a ayudar más a los guarda parques para que hagan su trabajo. Cada día, y en su último día, Álvaro definió la palabra “compromiso”.



1012 14th ST NW, #625
Washington, DC 20005
202-765-2266
www.osaconservation.org

CONSERVING COSTA RICA'S NATURAL TREASURE

Como se puede honrar a una persona como él y su trabajo? Podemos ofrecer mucho más que un evento o tributo conmemorativo. Álvaro quería una mayor participación de la gente en la conservación. Con este propósito, y con el generoso apoyo de Diane Edgerton Miller de la Fundación Blue Moon, estamos creando El Fondo Álvaro, un fondo de becas para incentivar a la juventud en la conservación de Osa. Estas becas facilitarán la participación de la juventud para trabajar mano a mano y aprender con los biólogos, guarda parques, educadores ambientales, y activistas en las comunidades - todos aquellos tratando de salvaguardar el futuro de Osa que Álvaro tanto amó. Algunos de esos jóvenes empezarán a creer que ellos también pueden ser parte de la magia natural de Osa. Y Álvaro se mantendrá vivo en ellos.

Y podemos hacer algo aún mas inmediato. Álvaro estaba en una campaña para erradicar a los mineros extrayendo oro ilegalmente dentro del Parque Nacional Corcovado, y para reducir la cacería de fauna silvestre ilegal en Osa. Hay ahora, en este momento, el fondo La Campaña por Corcovado, que apoyará al personal del parque y a la sociedad civil en la recuperación de Corcovado, el parque que tuvo el mayor significado para Álvaro.

Si Usted quisiera apoyar El Fondo Álvaro o La Campaña por Corcovado, o simplemente visitar el árbol Ajo de Álvaro, para regocijarse con la memoria de su vida y para pasar un momento con su legado en ese sitio tan especial, por favor, escríbame a adrianforsyth@gmail.com

Sinceramente,
Adrian Forsyth, Co-Fundador de Conservación Osa y VP de Fundación Blue Moon

